

por Oton en la ciudad de Roma, y de sus tentativas contra muchas ciudades que ocupaban todavía los griegos en Italia.

32. Luitprando, en quien ninguna sensacion hizo esta gravedad teatral, contestó en los términos siguientes: „mi amo no ha egercido tiranías en la ciudad de Roma, antes bien la ha libertado del yugo de sus opresores, pues gemia bajo el poder de unas prostitutas y de unos hombres aun mas despreciables. ¿En qué letargo dormian entonces vuestros predecesores, ó aquellos Emperadores romanos, que solo lo eran en el nombre, sin cumplir ninguna de sus obligaciones? No se ha conducido así el grande Oton: incitado éste por el deseo de restituir á la Iglesia su primitivo esplendor, se dirigió desde las estremidades del mundo á romper las cadenas que los perversos habian tendido á la gran ciudad de Roma, y restablecer el poder del sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Y cuando se han rebelado algunos contra una autoridad tan santa, los ha castigado como parricidas y sacrílegos, segun las leyes de Teodosio, Justiniano y otros Emperadores.” Respondió Luitprando en seguida á las quejas de Nicéforo acerca de las tentativas del Emperador de occidente contra la Pulla, desde donde atizaban los helenos las turbulencias de los demás países de Italia, y aun las incursiones de los sarracenos. Propuso luego el matrimonio del joven Emperador Oton con la Princesa Ana. Difirió Nicéforo la respuesta con pretesto de una procesion que se celebraba de su orden, y cuya hora habia llegado ya.

La descripcion que hace de ella Luitprando, nos suministra una idea de la magestad de aquellos Emperadores, que corresponde á la de su ridículo orgullo. Dice pues, que desde el palacio hasta Santa Sofía existia una multitud de mercaderes y menestrales colocados en dos filas, la mayor parte de ellos descalzos y armados de dardos y de escudos mohosos. Llevaban vestidos de gala los grandes que acompañaban al Emperador, pero tan viejos y andrajosos que hubiera sido mucho mas lucida la comitiva si se hubiesen presentado con un traje regular. Solo el Emperador llevaba oro y pedrería; pero estos adornos imperiales, hechos para otros hombres de diferente estatura que la suya, parecian prestados, siendo mas á propósito para una farsa que para una ceremonia augusta. Levantaron la voz al pasar Nicéforo unos cantores que estaban colocados en un tablado, y dijeron: „ved ahí la estrella de la mañana, la aurora de los dias claros y serenos, el azote de los musulmanes: pueblos, adorad á vuestro Emperador, y doblad la cervíz bajo su poder inmortal.”

Nicéforo despues de esta especie de apoteosis convidó al embajador á comer á su mesa. Mas ansiando prolongar su triunfo, y dejándose llevar con bastante altanería de su maligna vanidad: „vosotros no sois romanos, le dijo, sino lombardos. En eso, respondió Luitprando, nos haceis justicia; porque nosotros los occidentales, ya seamos francos, sajones ó lombardos, si os place darnos este nombre, no podemos injuriar á otro en los tiempos presentes mejor que

llamándole romano : dictado que nos ofrece á la vez la idea de la bajeza , del fraude , de la avaricia , de la deshonestidad y de la cobardía." Otro dia que Nicéforo convidó á su mesa á Luitprando , al patriarca y á varios obispos , ordenó que hablasen de Religion, y le preguntó qué concilios admitian los occidentales; á lo que respondió Luitprando : „los santos concilios de Nicea , de Constantinopla , de Éfeso , de Calcedonia , de Antioquía , de Cartago y de Ancira." Repliqué el Emperador con una sonrisa maligna : „se os olvida el de Sajonia , bien que es tan reciente que todavía no le tenemos por escrito. Contestó Luitprando diciendo : como el remedio se debe aplicar á la parte enferma , se han celebrado los concilios en vuestro pais porque en él han tenido origen las heregías. Si la fe es nueva en Sajonia , tambien está allí floreciente y sostenida por las obras. Aquí por el contrario se conoce bastante la ancianidad en su abatimiento y decadencia."

Estaba tal modo de proceder muy lejos de conducir al objeto de la alianza que habia ido á negociar el embajador; y éste habia conocido claramente su imposibilidad al oír las proposiciones extravagantes de los griegos, pues tuvieron el descaro de pedir por preliminar la restitucion de Ravena , de Roma , y de toda la Italia meridional, ó á lo menos que Oton (tales fueron sus palabras insultantes) dejase á Roma en libertad. No pensando por consiguiente ya Luitprando en otra cosa que en defender la dignidad del Emperador á quien servia , contestó en estos términos enérgicos.

„¿Quién es el que tiene á Roma en esclavitud? ¿Por ventura no deja mi amo á la iglesia romana la libre posesion de todos los bienes que la han concedido los Emperadores en toda la estension del occidente? En cuanto á la Italia , á la Sajonia , á la Baviera , y á todos los reinos del grande Oton, á fe de cristiano que no conserva ninguna ciudad ni aldea, ni usurpa el menor de los vasallos ó siervos del Papa. El Emperador vuestro amo es el que ha de volver á la iglesia romana toda su libertad y su antiguo poder , restituyéndola los bienes que la concedió así en oriente como en occidente el Gran Constantino , fundador de esta ciudad."

Llegaron en este propio tiempo los embajadores que envió el Papa Juan XIII á Nicéforo á fin de facilitar la alianza de los dos Emperadores. Pero el Papa daba á Oton en sus letras el nombre de Emperador de los romanos , y á Nicéforo el de Emperador de los griegos : irritáronse , pues , estos en extremo, y manifestaron á las claras en sus discursos que carecian de sentido comun , y que ni aun conocian la decencia y propiedad de las espresiones. „¿Qué insolencia, decian, en un miserable bárbaro! ¿Cómo ha tolerado el mar á este blasfemo , y no se ha tragado el navío en que se embarcó? Pero ¿qué hemos de hacer con estos infelices? Profanaríamos nuestras manos si las manchásemos con su vil y despreciable sangre." Tuvo Cristóforo , eunuco y patricio , una conferencia con Luitprando sobre este punto. „El Papa de Roma , le dijo , si es que debemos llamar Pontífice

al amigo del hijo adúltero y sacrilego de Alberico; ese Papa da en sus cartas al gran Nicéforo el nombre de Emperador de los griegos, lo que quizás habrá escrito por consejo de vuestro amo. ¿No sabeis que cuando Constantino trasladó aquí el imperio llevó consigo el senado con toda la nobleza de Roma, sin dejar en aquella ciudad degradada sino viles esclavos, algunos artesanos y la gente mas despreciable del pueblo? Respondió Luitprando con una deferencia irónica: lejos de pensar en ofender el Papa al Emperador habrá juzgado que le complaceria, porque habiendo alterado vosotros enteramente las costumbres de los romanos, como tambien su trage y lengua, habrá pensado que os desagradaria el nombre de romanos. Pero no reparemos en esto, que en lo sucesivo variará, si quereis, el sobrescrito de sus cartas." Aparentaron que esta respuesta no dejaba nada que desear, y se entregó al embajador una carta de Nicéforo para Oton. „En cuanto al Papa no le creemos digno, dijeron, de que reciba cartas imperiales. Bástale esta respuesta que le da el Curopalates, y no queremos enviársela con los miserables que ha elegido por nuncios. Vos os encargareis de ella, y dadle á entender, que si no se corrige está perdido para siempre." Estos eran el tono y la conducta de los que se reputaban sucesores de los romanos, quienes podrian haber representado un papel en una comedia, pero que no alcanzaban á remedar la gravedad noble y magestuosa de la antigua Roma.

33. Pinta tambien Luitprando de un modo poco

ventajoso á los obispos griegos con quienes trató durante su viage, y en cuyas casas no halló honradez ni hospitalidad. „La mayor parte de ellos, dice, son eunucos; amontonan mucho dinero en sus cofres, y viven en la mayor miseria. Poseidos del afan de atesorar y de su bajeza de alma, comen solos en una mesita desnuda. Redúcense todos sus manjares á una galleta con algunas yerbas y agua caliente. Venden y compran en público ellos mismos, abren y cierran las puertas de sus casas." No solo sus inclinaciones sórdidas los obligaban á vivir de este modo, sino tambien los tributos que pagaban. El obispo de Leucata dijo á Luitprando, que su iglesia pagaba todos los años cien sueldos de oro á Nicéforo, y las otras á proporcion.

34. Suprimió este Emperador las pensiones que sus predecesores habian concedido á las iglesias y á todas las casas de religion, y prohibió por una ley general el que pudiesen aumentar sus fincas, con el vano pretesto de que los obispos abusaban del patrimonio de los pobres. Cuando espiraban los obispos, enviaba comisarios para ordenar los gastos del funeral, y arrebatava para sí el resto de sus bienes. Otra innovacion que tuvieron por mas asombrosa fue una ley á que suscribieron algunos prelados palaciegos, y que prohibia elegir ó consagrar en lo futuro ningun obispo sin órden espresa del Emperador.

35. Estas y otras providencias intempestivas, le grangearon un odio que no vió estinto á pesar de las grandes victorias que logró contra los musulmanes.

Tales fueron la conquista de las islas de Creta y de Chipre, la toma de Tarsis y de las principales plazas de Cilicia, y otros triunfos aun mas brillantes en la Siria y Fenicia. Habríase tambien apoderado de Antioquia, si por una debilidad muy comun entonces entre los griegos, no hubiese dado crédito á las supersticiones del vulgo, que estaba persuadido de que habia de morir el Emperador al punto que fuese conquistada aquella ciudad. Dió en su consecuencia orden al patricio Miguel para que solo la cercase, y persiguió á los musulmanes con tanta fuerza, que llenos de rabia y desesperacion quemaron á Juan patriarca de Jerusalem, y la magnífica iglesia del santo sepulcro. Mas el patricio despreciaba las preocupaciones populares, y supo aprovechar con destreza la ocasion que se le presentaba, estrechando fuertemente á los sitiados y haciéndose dueño de Antioquia.

36. Los tratamientos injuriosos con que pagó Nicéforo este servicio, pusieron colmo al descontento general. No pudiendo la misma Emperatriz Teofanía sufrir ya á su esposo, conspiró contra él, llamando á Juan *Tzimisce*, ó el pequeño á causa de su pequeña estatura, gran guerrero, célebre por sus muchas victorias, quien se hallaba al otro lado del estrecho en la ciudad de Calcedonia de orden de Nicéforo por algunas sospechas que tenia de su fidelidad. Llegó de noche á las ventanas de palacio donde le subieron con otros cinco en unos cestos atados con cuerdas. Al punto que estuvieron arriba asesina-

ron á Nicéforo, que dormia bien ageno de la triste suerte que le esperaba; cortáronle la cabeza y la mostraron á los que iban á ausiliarle. Juan *Tzimisce* fue al punto reconocido por Emperador con los dos Príncipes Basilio y Constantino, hijos de Teofanía y de Romano el Mozo. Coronóle algunos dias despues en la fiesta de Navidad del año 989 el patriarca Polieucto, habiendo vencido la débil resistencia de este prelado afirmándole que él no habia puesto la mano en Nicéforo, sino que los otros le habian despojado de la vida por orden de la Emperatriz. Exigió el patriarca que á esta Princesa la arrojasen de palacio, y que se desterrase á los asesinos. Egecutólo al pie de la letra *Tzimisce*, complacido de coger así el fruto de su delito, y de que recayese en sus cómplices todo lo que tenia de odioso. Revocó tambien las leyes publicadas por Nicéforo en perjuicio de la Iglesia, y levantó el destierro á los obispos que habian sufrido este castigo por no haber querido suscribir á ellas.

37. Al punto que regresó Luitprando de Constantinopla, escribió la relacion de su viage, en la que hace la pintura que hemos copiado de las costumbres griegas de su tiempo: esta fue la última obra que escribió. Habia publicado anteriormente, siendo diácono de Pavia, la historia de los acontecimientos de Italia; y con particularidad desde el establecimiento de los sarracenos en Fressinet el año 891, hasta el concilio de Roma en que depusieron á Juan XII en 963. Descubrimos en su narracion tanto ingenio

como en sus conferencias con el Emperador y con los grandes de Constantinopla; pero no observamos en ella buen gusto ni un juicio recto. Su erudicion admirable en un siglo tan ignorante es intempestiva y muchas veces pueril. Lo mas particular de esta obra, escrita por un diácono virtuoso y dedicada á un obispo, es el tono de burla que raya en chocarrería, y tal vez ofende tambien su libertad que en el día alarmaria al pudor.

38. Vivía por el mismo tiempo Atton, obispo de Vercelli, que consiguió tambien mucha celebridad con sus obras, entre las que es la mas considerable el tratado de las calamidades de la Iglesia, dividido en tres partes (1). En la primera, que trata del juicio de los obispos, defiende que solo pueden ser condenados por el Papa, sin embargo de que puede formarles causa el concilio provincial: pretension que era comun entonces, pero fundada por Atton y por los demás defensores de estas máximas en las falsas decretales. Demuestra este obispo mas talento y penetracion euando habla contra las pruebas abusivas y principalmente contra los desafíos. „En todos los casos, dice, en que se usa del reto, se tienta al Señor, que no tiene obligacion de obrar milagros para que triunfe la buena causa; y caso de salir felizmente, siempre es ir contra los cánones derramando sangre humana, y tal vez sangre inocente, puesto que el campeon no es el reo; y se comete un delito verdadero por libertarse de una acusacion falsa.” En

(1) *Spicilleg. tom. 8. pag. 44.*

cuanto á la prueba del juramento que se acostumbraba á falta de otros medios para justificarse, no solo para que el acusado, aun cuando fuese un obispo, mostrase su inocencia con el juramento, sino obligando á jurar tambien con él á sus compañeros, Atton defiende, que segun el derecho natural basta para absolver al acusado que no haya ninguna prueba contra él; y que es igualmente contrario á la razon que al Evangelio forzar á un hombre á que jure en este caso por su propia inocencia, porque esto es jurar en vano, ó juzgarle reo porque no haya quien quiera jurar en favor de un desgraciado. Mas en este punto ha podido mas la costumbre que el dictámen de Atton.

Trata el autor en la segunda parte de la consagracion de los obispos, y reprende fuertemente á los Príncipes que despreciando las leyes de la Iglesia pretenden que su voluntad sea la única regla de las elecciones. „Arbitros imperiosos, dice, que se ofenden de que un prelado, cualquiera que sea su mérito, sea elegido por otros, ó que no se admita al que ellos protegen por indigno que sea. La manía de la proteccion llega al extremo de ensalzar á la dignidad de obispos, y de constituir en la clase de doctores y de padres espirituales, á unos niños que ignoran los primeros rudimentos de la Religion. Obligan no obstante al pueblo á que consienta en la dignidad de un sugeto, de quien consta á las claras que no pudo adquirirla. La mayor parte de los asistentes se rien de una ilusion tan palpable, y estos